

LA CÁMARA DEL TIEMPO



MALDONADO

www.jonatanmaldonado.net

LA CÁMARA DEL TIEMPO

POR J.S. MALDONADO

LA CANCIÓN

Amada mía... ésta es la canción del desengaño, la canción de la locura, que comienza por la predestinación al abandono, y luego está, como supones, el incompleto yo que incursiona en las inclemencias del asfalto, bajo las luces que se hacen necesarias y molestas y que ocultan las estrellas en las noches por las calles desoladas; la autopista con apenas algunos coches levemente distanciados a velocidades frenéticas como tentación a la desventura, además mis pasos que se van contando por sí mismos, y van contando los minutos y las palpitaciones y las lágrimas contenidas y los apretones que provocaron las dentelladas tentativas con odio y rabia a los rescoldos oscuros y pesados del destino, donde caigo dando manotazos hálitos y voces.

Cada día que me ahogo en la rutina y en tu ausencia...

Ésta es la canción del desengaño, donde (profanando las apreciaciones superfluas) el *black metal* y el *jazz* son la misma cosa pura de platillos y de voces precisas y justas y cadencia desde el corazón, la misma esencia metafísica, la misma extensión del sentimiento e imitación de los sistemas y los

órganos y las crepitaciones del alma fosforescente y combusta que deja tras de sí ecos, diminuta pavesa, de pedaleo y arpeggio y saxofón y contrabajo enfrentados en la mimesis de la cadenas de la muerte entrizadas en las alacenas infinitas del olvido.

Amada mía... ésta es la canción de la verdad, la melodía de la angustia, el redoble de un oscuro sufrimiento que va emergiendo desde el aire frío obcecado en mi garganta y en mis dedos pálidos e incómodos, entumecidos e inútiles; el poema que saltó desde mi pecho hasta el abismo de la miseria y en Cocito golpeó, explotó y surgió disperso como una extensión de la nostalgia que lo toca todo. La fiel imitación de réprobos sentimientos: el amor y sus disfraces de conciencia.

Amada mía... ésta es la canción de la verdad, del desengaño, de la revelación, de la crucifixión, y del postrimero castigo; el purgatorio de los tuétanos del alma, donde los demonios del cuerpo se aquilatan... donde lámparas y tazas y diminutos maniqués son una provocación de la libertad de la existencia, y el tiempo, auguración de la futuras bregaduras de la muerte, una visión, y la subdividida angustia de una fuerza destructora.

Amada mía... ésta es la canción del desengaño, ¡mi canción de la locura!

II

Amada mía... ésta es la canción de nuestra ausencia, la canción

de los corazones rotos, de la despedida anticipada, la canción de las millas y los mapas y los números de teléfono y distancia, y de los recados y los correos electrónicos... la canción desesperada del recuerdo y su batalla metafísica; en donde no soporto ni mis propios pensamientos (ondas sonoras y mortales de la antimateria del olvido).

Entonces me lleno de ruidos y espectáculos y voces y decenas de discursos amorales porque no tolero los latidos de mi muerte: un juego de voces enclaustradas y roncas y profundas que cuentan los segundos de descarga, las esperas en el tren de cinco o dos o tres minutos luminosos, las horas extras, los fines de semana, los niveles de la vida y los pelos en el cuerpo, la multiplicación de los lunares y la degradación del tiempo de memoria, la emancipación de las cualidades retentivas y la masturbación como un placer cuantitativo... en las noches cuando caigo mustio, drogado y exhausto y extinto.

Son sólo los lugares en los que me escondo: las paredes, el transporte público, las baquetas epilépticas como una definición del sínfin del tiempo, como una expresión del infinito y de la brevedad de los instantes y los dictados de impaciencia.

Son sólo los lugares en los que me escondo del tiempo y lo disfrazo de canción, de rezos al tártaro implorando la veracidad de su leyenda; de cuatro euros a la hora, de días con dolores de garganta, y del pasado hecho una masa invisible augusta y exquisita.

Amada mía... ésta es la canción de nuestra ausencia, la cuenta regresiva acompañada de un clamor de piano que quiere

confesarnos la manera de vivir bajo una nube radioactiva y bajo un dios omnipresente.

Amada mía... ¡esta es mi nueva canción de la locura!

¿DÓNDE ESTÁS?

He visto huir de su jaula a tus incontables demonios, y escaparte con ellos.

Abrazaste a la envidia, pues no lograbas seducir el deseo, y tus labios sangraron de libar la desdicha, y aquilataste la vida hasta un valor imposible, y rodaste hasta el fondo, dónde presentimos que eres bello, frágil, noble e invisible; y convertiste la historia, las artes, la física y la matemática y hasta al oscuro *black metal*, la omnipotente mentira, a mi amor infinito, y a la liberación la delicia el placer de las drogas... en maquinaria robusta, en cadenas y palos, en tauros ardientes, en clavos y en ratas abriendo el abdomen, en mástil y hoguera, en grito y silencio que rompe el espacio y el tiempo desde mis labios sellados tras tu inminente abandono.

Y mientras las lenguas de fuego laceran heridas ya abiertas, ¡te odio maldito y querido bastardo!

Pues las voces del mundo convergieron en ti en un frágil momento; y el dios que jugaba se olvidó de tus ojos, y al tiempo que diste la espalda, me vino a la cara, en el pecho, en

las palmas... ¡en fin!, todo este cuerpo maldito sumido al desgaire con basa en hinojos, sintió en cada arpegio un azote; y en los *cracks* de tu mente la vertiginosa sensación de verte y olerte y perderte, sucio y cansado y tiritante, como presintiendo tu mismo en un punto sin retorno, perfilando el alma y el ser y la amistad hacia un abismo.

¿Dónde estás?

¡Y a qué infierno me obligas a ir a buscarte!

¿Dónde estás?

Que mi alma en los huesos ruñidos de muerte se ahoga en el ser suspendido por los clavos del tiempo en su propio cadalso de sangre y de carne y de esputos.

¿Dónde estás?

Que me siento tan solo...

... y esta noche es el vértice infinito de un oscuro capirote, una materia tenebrosa e inefable.

¡Una masa robusta, que acaba con todo!

SOBRE EL MIEDO

Yo también he nacido entre las víctimas del miedo y tragando el humo en los intentos infructuosos por extinguir del hombre sus pandemias silenciosas: el emblema y la entelequia de generaciones violentadas y decrepitas de pánico y por un catálogo de fobias que acusaron a la infinitud y a la abyección de sus patologías y por un temor ciego hacia el futuro en el que los fines se apartaron del tiempo y transmutaron en los simples episodios de la maldita incertidumbre!

Y en los vórtices de la memoria vino el miedo hacia el pasado y al momento en que nacimos de la sangre que cayó como migaja desde los antropófagos banquetes del poder, que bañaron a una generación anegada en el océano de sus propias profecías y las profecías que no llegaron a ser suyas y las inexactas que dejaron de pertenecerles, simples adulaciones redundantes de la verdad antecedente, y en el lenguaje futurista que presintió los síntomas del debacle y los llamó... “los nuevos guiones de la inconsciencia colectiva”.

Yo también he nacido bajo la tendencia de las almas sonámbulas y obtusas con el único valor de una unidad

cuantitativa; entre los herederos de la iluminación, entre la plaga etnocentrista y los ciento cuarenta y cuatro mil siervos de la muerte con vendas de sangre en la mirada y los labios resecos sedientos y sellados, mientras nuestra libertad se muere, jadea, moquea y convulsiona en una sala subterránea y sucia con las costillas rotas y los pulmones perforados y con derrame cerebral y rabia y rodillas temblorosas y empapadas de un olor de urea y pánico y desesperanza, aguardando a la piedad o a la beneficencia del ulterior mal y lo postrero.

Porque yo al igual que tú he nacido entre las víctimas del miedo y en pedazos desmembrado por el garfio y la brazada destructora, que un día como cualquier otro, digamos el trece de mayo de mil novecientos ochenta y siete, descendió desde los campos de la omnipotencia hasta los bosques rectangulares y dispersos y como una nube radioactiva de temor y de ignorancia, empalideció, aterrorizó y enfermó cada rincón del vasto mundo, y la naturaleza en medio, también vasta y subyugada y convertida por la séptica semilla egocentrista en los residuos de las nuevas técnicas del exterminio: la deforestación y las fotocopias que crecieron en las diferentes ramas de la burocracia y la construcción silenciosa de nuestra gran cámara de asfixia y la elevación del suicida en una clara tendencia al genocidio.

II

Pero mi alma no logró escapar del legrado intrauterino de las potestades supresoras hacia alguno de los paraísos artificiales

del amor, y en su naturaleza fragmentaria ha seguido tambaleándose en los límites de la verdad y sobre la última versión de la verdad que alberga algo de verdad en ella, y continúa sumida en las fauces de un mundo insuficiente y entre un acto vandálico del destino y entre las aberraciones morfológicas e ideológicas del universo latente y palpable... azaroso e infinito!

Porque yo al igual que tú, he nacido entre las víctimas del miedo...

En una generación impulsada por un falso optimismo y por la globalización de un estado narcótico y porque el simple acto de existir sea un bien exquisito y por los dedos entre el culo buscando la conciencia, y por la degradación de la vida misma a un acto inteligible, y por la guerra fría de la posesión de los objetos del mundo y el mundo.

Porque yo al igual que tú, nací entre las víctimas del miedo...

...y con una vena de sangre en la mirada, y los labios resecos, sedientos y sellados.

EXPRESIONISMO ABSTRACTO

Aquí las huellas digitales de los distintos estados del ánimo.

Aquí la escarificación de la conciencia que ha tomado sus motivos de las incesantes e intocables e insensibles e inocentes burbujas del arte.

Aquí la verdad automutilada, bregando en la bifurcación de sus extremidades por un estatus de superviviente; la verdad cicatrizando, la verdad con sus puntos de sutura y sus muñones de artificio; la verdad cojeando en los pasillos de las tiendas de ortopedia junto a sus tendencias esquizoides...

... pero igualmente se trata de la verdad, la verdad absoluta, y su gangrena de colores primarios y sus vendajes y su escozor y sus heridas, y su metamorfosis patológica y sus deformidades compositivas, reduccionistas, áureas y abstractas; la verdad y su trombosis de maldita y magna e idolatrabable verdad... lobotomizada, que luego terminará en los postoperatorios y en las galerías y en la paredes más bonitas de la casa (y el polvo en la verdad y en la verdad el olvido); y por el azar o la entropía, terminará en el reencuentro con apreciaciones, puntos de vista,

benevolencia y eufórica creencia subyugada a los gérmenes y las menstruaciones y los estigmas de la verdad.

Aunque más adelante esté la restauración de la verdad, y la verdad universal, y la verdad en forma de estampado de camisa, y la verdad en esa tela maltratada secando los pinceles que intentan los retratos de la muerte.

Y la verdad en la que creo, y la verdad que oigo, y la verdad que es la autodestrucción misma de la verdad.

Pero aquí los colores siguen en su paraíso metafísico e incorregible.

Pero aquí los pinceles se comportaron como un grupo de inexpertos exorcistas.

Y he aquí al espectador, el lienzo favorito, especulando sobre la maniobra, la técnica, el vacío y la especulativa, como otro ítem más del stock contemporáneo y vanguardista.

Y en todo esto la bulimia visual enraizada en nuestro código genético.

Y en todo esto la veneración del autoproclamado moderno y autista.

Pero he aquí las huellas digitales de los distintos estados del

ánimo.

He aquí la supuesta muerte del arte, donde adquirió la paleta al color de carcinoma.

¡Y la verdad!

Un monstruo, un ser imaginario, en el que ya no creemos.

EL GRITO

... y todo entra en el alcantarillado de los huesos hasta el fondo del alma y el pecho y sus profundos emetismos: los gases que despide la bondad, el bienestar perpetuo, la razón atónita en su lógica mortuoria y la caridad e hipocresía del cielo coloreado en perpendiculares y reflejos y en viviendas y en jaulas, y en tanatorio de la historia fragmentada hasta sus individuales y fatídicas existenciales e impersonales pendientes transitorias...

Y todo entra hasta el fondo del alma como al hender el plomo, fragmentado y azaroso, y como las corrientes de tristeza (los diluvios de la imaginación), y como las fes que corroen las entrañas y que suponen de la válvula y los yertos mismos lesos mecanismos cancerígenos e imprescindibles y biodegradables, a un dodecaedro impune a las constantes matemáticas y a la fricción y a la velocidad del viento y a la drogadicción como un descendimiento parabólico que desmembrará al recuerdo...

... y como la gran muerte, aguardando en un punto aleatorio y cartesiano.

Y todo entra, en el cuerpo y el alma y su lesa estructura como la

noche callada que penetra en los ojos inquietos con su profunda tristeza, y como tus oraciones perdidas y tu llanto y tus gritos contritos y mis catarsis piadosas en los vacíos del éter; y todo entra en las mareas del ser, y en mí, que te aguardo en cada segundo de profunda existencia y en un espacio perpetuo del corazón execrado y violento, y en mi catatónico e inestable síndrome de abstinencia y con mi rostro de cielo grisáceo y lluvioso y relampagueante y sumergido en las irresponsabilidades aritméticas y matemáticas del sino y del tiempo y del espacio ...

¡Oh amor mío omnipotente!

Interpuesto en batallas de entre lontananza y materia y sentimentalismos religiosos e infidelidad y monogamia y las ilusiones apagadas en los ojitos abiertos y distantes

Que como fuiste daga fuiste herida y hemorragia y muerte e igualmente cárcel y eternidad y despojos y las gárgolas enjauladas en los tronos del recuerdo, que desvanecen el rictus de odio en los años y personajes y en las noches de drogas y sadomasoquismo y evasivas ... y en las temporadas de tristeza (los fuegos ahogados, cenizas e inconmensurable pavesa flotante en los huracanes hambrientos de la maldita existencia!)

¡Oh amor mío omnipotente!

Con la cama vacía: el postrimero lecho de toda plegaria y romance y de todo aquel abortivo arrepentimiento.

¡Oh amor mío!

Inhumano y ausente, que echaste a correr en la exigüidad de los brillos de infancia dejando los kilos de mierda y de grasas y endeble moral, y una ética cochina y la cochina incertidumbre, y una estética en axiomas inconclusos, todo en conjunto, ¡luchando de bruces a un mundo sangriento!

... y qué será de mí amor mío omnipotente.

Sin la sombra de tus alas protectoras cabalgando en los minutos del semáforo y en las intersecciones del grisáceo laberinto, de este supernatural y supermaterial desierto de las luces.

... y qué será de mí amor mío!

Que perdí el último atisbo de razón en las loterías y las horas extras y los cañonazos de los juegos de artificio.

Qué será de mí amor mío!

Duplicado e interpuesto en el *psicostasis* de los miserables juicios de conciencia y con el corazón flotando como un amorcillo indiferente entre la rítmica perpetua de los sinfines ornamentos.

Qué será de mí amor mío!

... que este clamor suicida reencarna y se envuelve en un grito y se balancea y se derrumba y se hiere, en los acantilados y las corrientes venenosas y en los tsunamis de mi boca.

Y qué será de mi amor mío!

... que la lógica vital tiene un color y un inodoro desazón de pánico y tinieblas, y el amor parece haberse sumergido en el efecto doppler de las autopistas desoladas, y al final acaba siendo, simplemente, mil potentes chutes de anestesia o de traición, o la acústica perpetua, o la séptica potencia de mi grito... y su cruda resonancia; y con todos estos odios yuxtapuestos como escamas, ¡oh amor mío!, y los otros amontonados y coléricos y entrópicos, revistiendo al ser imaginario en que trasmuto, y enfrentándose a la paz y al incompleto pero calmo yo, con golpes de desasosiego y ruina, y sacando en cara sin venir a cuento, a la miseria del espíritu leso y vacío y mínimo y abstracto ...

¡Oh amor mío!

He perdido la noción de la verdad en la bifurcación de la cordura.

He perdido lo que siempre acompañó a mi breve paso, como en otro síntoma necrótico en la línea de la vida.

... y la realidad resuma y se siente y apesta a jugosas arcadas de fina hipocresía.

... y te amo como nunca desde el fondo de mi abismo.

... y te amo como nunca, con tu necromántica y metafísica y parasicológica profanación de esta muerte diaria.

... y te amo con el alma lesa, combusta y extinta.

Desde tu casita construida en el recuerdo, y desde las hogareñas e idílicas y blancas visiones del futuro.

... y te amo, cayendo desde los bolsillos rotos en el traje gigantesco que vistió la ausencia, y bañado de abandono y de la piromanía del amor, y bañado del espíritu flotante de la esquizofrenia y de la proximidad genética a una escarificación más profunda y certera y sangrienta y comprobada; y desde mis tormentos y las profecías agoreras de las autodestrucciones de mi mismo; y sin las palabras que elidieron las sonrisas, y con el corazón desarmado y abierto y sincero y perenne; y desde esta vía sin retorno que tejió la parca a disgusto de todos, y con simple justicia divina: romántico, normal, apasionado y confuso...

“Y con la furia potente de vientos, celos y olas.”

EN EL PRESENTIMIENTO

Sólo quiero que tengas el tiempo de cabalgar en los campos de ensueño coleccionando atardeceres granates, bermellones, carmines, violáceos y rosas; y que tu corazón sobreviva unos instantes más para el amor y para enrojecer tus mejillas del color de las flores, y que tus alientos no se atasquen en el ardor de placeres mortales y la combustión voluntaria, ni tu sonrisa se rompa en los dolores de pecho o en el sabor que la sangre dejó en los esputos: aquellos heraldos negros de lo inevitable, que anuncian la etapa postrera.

Es decir, amor mío, no quiero sentir en tu boca reseca y marchita y sin brío, libar a la muerte, ni a tu espíritu arrepentido y temeroso, ni a tu rictus desquebrajado en mil pedazos y hundido en la garganta de espinas.

Ni a tu cara encabezando los listados de postrimería; ni a tus grandes ojos verdes colorearse de infinito, ni a tu piel blanca y perfecta tornándose yerta y cetrina entrizando los huesos, forrados apenas, aguardando en la noche intranquila bañarse de calma, en la más pura expresión del silencio.

¡Oh, Dios mío!

Que en la emergencia del alma te formas de nada, y de mierda y de llanto, tras el dolor que presiento, y que albergo y te llama.

... mientras, qué placentera y refinada humareda te invade amor mío, y te abandona y ahoga tu cuerpo como en una sutil amenaza, sin antes, menguarte las fuerzas.

Y yo sigo intentando rearmar la deidad fragmentada entre la emergencia del alma.

... mientras te acercas sin tregua, a otro dios, funerario, de aureolas oscuras, que espera en la sombra bajo un tizno capirote.

Y qué frágil se siente tu pecho, amor mío, resoplando con fuerza en mi cama, en mis brazos, y en mi alma espantada y en mis ojos abiertos de pánico, como en una cruel pesadilla (que precedió al inconsciente).

Pero se viene, y se siente en la piel intranquila, en el llanto homicida, un Viacrusis de trajes.

El traje de la fragilidad y tu traje de cama y el traje de sondas entrando y saliendo por todo tu cuerpo pequeño y austero y desamparado. ¡Y mi traje gigante de inmensa tristeza!

Y te vistes de tierra y de polvo, y das vida a las flores.

... mientras me rasgo, golpeando tu traje de hierba y natura,
sin piedad las vestiduras de la maltrecha existencia.

Y me hundo al instante en las artes oscuras.

Y me hundo al instante en los recodos del mundo.

Y me hundo al instante en los grandes abismos que ha dejado tu
tierna figura.

Y entonces, me habré vestido también de un inconmensurable
manto de abandono, pues me habrás dejado tan solo, amor
mío...

... vagando sin rumbo en la tierra.

NADA ES AJENO

Todo en este mundo nos pertenece.

Las esquinas de estas calles inclementes, imperfectos mundos de una galaxia tenebrosa; que desgastados por el tiempo y la limpieza de la sangre, se llenaron de putas y semáforos y de saltimbanquis desesperados hambrientos y sucios, y niños sin escuela y la mancha caliente del frío puñal sucesiva a la liberación y la rabia, y a la escasez de posibilidades junto al herrumbroso filo de la desesperación y las proteínas del bazuco.

Nada es ajeno...

La obcecada gravidez en la noción del tiempo, esa fuerza invisible que impulsa al despropósito y al hedonismo, y al nerviosismo de los lápices y los termómetros y los cigarrillos y los artefactos; ni las dentelladas del capitalismo y del progreso que no paran de dar voces y de luego atragantarse, porque las máquinas son más otras personas, mejor provistas de humanidad y de ternura y sobresaltos, mientras el hombre se transforma en una máquina asesina, en un brutal impulso, en una raza de nomenclatura, en montones de datos, en pilas

datos, en *teras* de datos, en átomos y neutrones desmembrados y propulsados a la nada, hacia la ausencia, hacia la muerte, de la ralentizada explosión apocalíptica de todo.

Nada es ajeno...

Ni los cristales rotos: las barreras de la imaginación hechas pedazos, y los puñetazos contra la pared (imaginaria), y la música, y la música imaginaria; y ni siquiera dios, el que sin duda proponía en este mundo una desarticulación total de todo y se quedó con la razón intacta; no ésta muerte lenta y dolorosa llena de morfina, quimioterapia, psicoterapia, globalización, deshielo, distracción, ecologismo, desorientación, aprisionamiento y casquillos de bala sintiendo en los impulsos radioactivos la razón suprema de su olvido.

Nada es ajeno...

Los simulacros de los cines y la manzana del juicio radiactiva y las epidemias silenciosas.

Todo es tuyo y todo es mío, tu amor y mis condenas, y mi soledad y tus desequilibrios.

Todo en este mundo nos pertenece.

La compasión de dios y las comprobaciones matemáticas de sus eventos misteriosos, y las catástrofes artificiales y los golpes de la naturaleza y los sueños entrizados en el final de la

adolescencia y en los llantos de los hijos; y hasta los malditos suicidios que se saborean en el mero intento con las piernas cansadas y el alma cansada y la sonrisa cansada y extinta.

Pero son también nuestras éstas manos temblorosas y ésta droga y el hambre natural e innatural gruñendo y dando puñetazos y alaridos entre capa y capa de la obesidad mórbida de la esperanza, entre la inmovilidad de la esperanza y el rechazo de la esperanza y el asco a la esperanza; y el conformismo de los sueños apagados por la pobreza, el redil, la estructura y la inmensa maquinaria de ilusión que dispara pavimento y subvenciones.

Nada es ajeno...

Todo es tuyo y todo es mío.

La brisa de las noches y los andenes solitarios reservados para tu regreso, y el sabor de la inconsciencia y el brillo de tu ojos y mi fortaleza y tu debilidad, o viceversa, y los residuos de la primavera que bailan por la calle con el viento jugando a quemarse en el asfalto...

Son míos y son tuyos, estos sueños atrapados y los edificios que han cegado el horizonte y la bestia entre nosotros con tendencias autodestructoras.

Nada es ajeno...

Ni tú, que por fin descansas en la efimeridad del recuerdo, ni tú, que tocaste la puerta de los sueños, ni tú, que aguantaste todo lo posible y lo imposible, ni tú, que amaste de verdad con profundidad y con recelo, ni tú, que me negaste entre tu cuerpo, ni tú, que me compartiste hasta comprender la magnitud de mi injusticia, ni tú, que te fuiste a jugar a la familia, a los negocios callejeros y al olvido. Ni tú, mi tentación infinita, ni tú, mi dolor en el abdomen de pasión desenfrenada, ni tú, que fuiste arte y luego simplemente... ¡otra perversión de la belleza!

ANGUSTIA

... ahora estás en la mesa de al lado, limpio y ajeno y de falanges temblorosas, con el rostro perdido, ¡y qué lindos colores se proyectan en los cielos de tu abismo!, me imagino; e imagino a tu alma de atlante: pétrea, robusta, callosa e impregnada de añejos dolores...

¿Hastiada?, ¡quisieras!
Pero es más el hambre que alberga
enclaustrada en tu cuerpo,
tu cuero, tu carne de adobe,
recuerdo de carne y del cuero
y del cuerpo que eras.

Porque se ve en la mirada
que el tiempo te jode
y que en la casa invadida,
entre tanto retrato,
tan sólo,
la muerte te observa.

... y la juventud, esa bestia cansada, se escapa como el sueño frondoso que en la boca oxidada de cada mañana disuelve la amnesia; y ya has olvidado a qué coño parece gustar los colores primarios: tu tierna justicia, la rozagante figura, tu amor discordante, lineal y confuso...

Pero ahí sigue, la putita recién asoleada, que a las nueve los martes te espera en el parque, y que alberga todo el horror de las agujas del tiempo latiendo en su pecho, en su gesto neutral, natural y conforme; mas no se adormece en tu cuerpo cansada, no muerde tu trampa e impulsa a las elucubraciones vitales del bello y del breve intervalo, y también a la bestia cansada, hacia los laberintos que ha erigido la memoria.

Yo sé que no has venido a ganarte la vida, ni nada que emerja de su emética entraña, eres un héroe distinto, de cuero, osamenta, de constelación neuronal, de figura tallada, de artrosis y de una fobia escapularía, y perdido en el producto de colisiones de haces y en el tercer mundo y en la decimo primer dimensión y en Sodoma y en el tortuoso gota a gota incontinente... y eres tan sólo un evento posible de la acumulación cuántica en la danza subatómica y macabra de una realidad relativa.

Eres el simple recuerdo sublime
que nadie recuerda, estancado en la vida
saboreando la eternidad, a cada segundo,
inocente, execrada y belleza contrita;

que no era otra cosa, otra parte, otro mundo,
sino el mismo trayecto, endeble y finito
cargado de remordimientos, de angustia,
de trozos de sueños, de ansia e instinto.

Y entonces se mezcla el azar y la astucia
y la muerte efectiva en tu aliento:
el sabor funerario, reseco, desierto y marchito,

junto a la aglomeración de mal, de portento,
de dios, la esperanza y otros seres extintos,
para concebir el amargo, tu sucio alimento...

... de pío, inocente, ¡ahora crudo y maldito!

¿Cómo voy a explicarte el pasado?, eres tú quien dejó todo el
llanto invariable, constante; sobre tu abuela tu madre tu
hermano tu hermosa princesa, tu amigo, tus dos conocidos;
sobre sus pieles cetrinas, su polvo de estrellas mortuario, su
olvido, en los bultos de tierra, en las camas, las mesitas de
noche... en los tanatorios horribles de un calor radioactivo.

Fuiste tú, quien pintó los retratos que invaden la casa y que
cuelgan torcidos, no gracias al viento, en las paredes del alma.

Fuiste tú, quien alcanzó el objetivo de vivir, continuar, plantar
la cara y ver deformarse la sonrisa al unísono con las puntas
roídas del espejo.

Fuiste tú, el que aguantó las treinta y dos mil ochocientas y pico de noches, y gran parte de ellas consumido en nostalgia, congoja y después desconsuelo.

El de los ojos abiertos de pánico...

... y el de los ojos cerrados por el miedo.

EL MIEDO

Con los ojos abiertos hacia el infinito, tengo miedo del ladrido de jaurías deformado hacia la piedra o la palabra, y al disparo de los reyes, y al sensual deleite hacia las explosiones de la bestia roedor homínido depredador y plaga, al incremento exponencial de la liberación de la energía, con su espíritu flotante, colectivo e incendiario; y al abismo ético-moral, profundo, oscuro y matemático que creció en los corazones; a la furia de los vientos, (que en oídos incorrectos se convirtieron en palabras y a la palabra en eslabones); y al carácter metafórico de cada mililitro de existencia, a la muerte que respira con nosotros cada aliento, y a un momento en el espacio, que hoy parece insuficiente; al poliédrico pantano: el paraíso arquitectónico de la naturaleza: el infinito lugar del pensamiento.

Tengo miedo al descontento que creció en el hombre sobre el hombre, y al pasado y al futuro, que son monstruos, y al presente, ¿por qué no?, ¡sí es una jaula!; y a las mezclas metafísicas del superhombre, algunas leyes newtonianas, la tierra y la iluminación de la desgracia; a que no vuelvas, que no estés, al devenir, la solución, las decisiones y a la ilusión, que por el tiempo, la razón y las jornadas laborales deformada,

modelamos en la infancia y no tenemos.

Tengo miedo...

... pues te veo pagar más por tu esperanza y con la vida hipotecada; aquí, donde ya has visto, aquella cosa, no ha valido nunca nada.

Y a verte caminar, ciego, por los campos putrefactos de la antropofagia, y de respirar lo que respiras, de comer lo que te tragas, y de pensar y amar los pensamientos que tu amas, y a pisar lo que has pisado hace unos años, y a la cicatriz multidimensional que te ha quedado en la mirada; al proyectil que esculpe el gran *land-art* totalitario, y a la gran pasión, el gran encanto que suscita el instrumento; a la industria de los percutores, el honor, otros sofismas y la patria, a la máxima expresión de democracia; y a las grietas de la tierra, que están hambrientas de nosotros; al amor perdido en la formalidad y en la elegancia del vacío.

Y de la humanidad yo tengo miedo, que se nos queda entre los dientes y que sangra las encías; y del mórbido implacable canibalismo de las almas; y de ti que escondes una; y de mí, que tengo miedo de perderme entre la red cuantitativa: en las megaestructuras de la casualidad, que han impregnado desde el inconsciente las fracciones de segundo, buscando cada vida que he vivido en los instantes paralelos; y de volver hacia la esfera en que nos somos más sino animales; de llorar y no entender, por qué tu acudes y conoces la naturaleza de dolores y de llantos...

Es el miedo, el que me anega.
Al ver al hombre en el espejo y su naufragio...

Cuando simplemente tengo miedo...

... del fin y sus fluidos argumentos.
... de carecer o de perderme.
... de la noche y su siguiente,

y también de la otra noche. Más oscura.

... de no despertar entre tus brazos.
... de no amar, tras la imposibilidad lógica que plantea el azar
en la transformación de la materia.

En fin.

... de la crueldad.
... y del amor perdido en la conciencia, que nos busca.

MUNDOS PARALELOS

En la horrible fantasía
sólo vas como se puede:
dulcemente distraído
entre la vanidad,
los pormenores
y un atisbo de belleza.

Es lógico que vayas,
que no pares ni un segundo,
que los parpados te ardan,
que la muerte te sonría
fríamente sin tocarte
desde las cenizas de otros seres.

Atragantado y sumergido,
anegado en sufrimiento,
este mundo es otra cosa:
una visión más positiva:
ya no temes a la muerte.

Ya estás muerto en esta vida...

... pues te han dado vida eterna;
y por jugar, por ver qué pasa,
un cosquilleo entre tu carne,
un sabor a incertidumbre,
una atmosfera inclemente,
una enfermedad hereditaria e incurable,
personalidades aleatorias,
tu pasión y tu deseo y tu crueldad,
y algún instinto oportunista.

... y tu mirada, que en el cielo,
como el lampo de una estrella se ha perdido
en un abismo matemático.

¡Oh, qué dios te guarde
... de los mundos paralelos!

Del dolor y el sufrimiento.

SOBRE UN ESTADO DE MATERIA

Las llamas te abrazaron ¿y qué eres?, ¿acaso un bote con cenizas de conciencia?

La muerte es sólo un mal presentimiento: reacciones físicas y químicas, contracciones musculares, llanto, la mecánica del miedo; los pelos erizados: el vestigio de que fuiste otrora un ser indómito, salvaje, abominable, bajo las leyes de la sangre y el presente: una bestia a la intemperie, con un mundo tridimensional que culminaba en el vacío confortable de los brazos de tu madre.

El neocórtex te sumerge en su infinito laberinto, el verme entre tus cuencas paladea los despojos de un recuerdo, el hormigón de los armarios del silencio se humedece de tristeza; y entonces la bulimia de la muerte despedaza la madera, otras esencias, las múltiples reencarnaciones de tu cuerpo, tu esperanza y de tu alma.

Es sólo otro en tus estados de materia, donde la energía se desplaza, y entre grietas de esperanza hacia los sueños se vacía en una ausencia de color, en la emoción aciaga y brutalmente

condensada, con el silencio del amor: tus ojos verdes respirando, un aturdido corazón y otras canciones.

¡No hay terror que apaciguar entre los brazos, ni el dolor y sus refugios, o mi madre!

Pues oculta y a la espera, en las cenizas y el aroma funerario de las flores y el dolor de pecho de otros seres, y entre la noción abstracta que tuviste de la nada, toda aquella oscuridad que has albergado se levanta (¡una guadaña!) contra el tiempo.

La gran ola te ha atrapado y te ha integrado al universo.

Y vas al mundo que prescindir de tu voz...

... de tu temor y tu existencia.

UNA ESCULTURA EN EL VACÍO

No te mueras angelito,
en un jadeo interrumpido
por la hoz y por el llanto
de un poeta de elegía.

Que perdió toda su forma
entre tu forma
y que en tu mundo se perdía.

Quien amó la vida en que existías,
y a la excelsa pincelada:
aquel puntito áureo
de una luz divina y mi locura,

– Que dijeron,
era el brillo de tus ojos.

Aquel que amó al amanecer:
la luz escasa y la promesa
de una noche y otra noche,
otrora cuando amanecía;
y que te amó con en tu cara
un odio intransigente,
allá cuando me odiabas;
y te amó en la pura felicidad
y en la alegría,
cuando tu exacto cuerpesito
como un alma suave, delicada,
cálida y corpórea
se fundía incandescente entre mis brazos;
es decir:
cuando abrazabas,
cuando el odio era una cosa
dibujada por tu cara,
y existió el amanecer,
algunas veces raudo y otras veces
el portento que sangraba ante nosotros...

...y en las calles del silencio el alumbrado:
un augur de la tortura,
en los lenguajes de la ausencia
gritó y nadie le entendía;
cuando el dolor era otra cosa,
un rasguño, no ésta herida:
los pulmones inundados,
las pupilas azarosas
y las piernas que postraron
en la angustia a todo el cuerpo...

¡Oh, qué dios te guarde allí,
en los mundos paralelos!

En la fría intersección de supercuerdas,
que como un viento giratorio
entre el espacio, el aire, entre la nada
se formó para engullirte;
con su hambre selectiva,
con su luz y con su furia,
y el espanto colectivo
y el aroma de las flores
y tú misma evanescente
(una escultura en el vacío)...

¡Mortal y transitoria!

PLEGARIA

Me fui a la cama, extraña, pequeña y ajena; y era como estarse durmiendo en el cúmulo de mis incontables pobreza, yerros, mentiras; al igual que todos estos días, comiendo, chupando y fumando.

Entonces me arrojé de los museos y sus paredes y sus monumentos a la desesperación y a la polícroma evidencia de los insuficientes gritos, manotazos y voces; y de mirar a lo lejos los marcos de cuadros y fotos para que se perdieran en la profundidad de un espectro de nada...

Me arrojé de ti, del arte, y de las firmas con margaritas-malvas rojizas y lentamente pérdidas en la inmensidad de un retrato; de las voces, las capas, la pincelada inconclusa, el pan de oro, los enigmas, el vacío y Rembrandt y sus ojos inhumanos: naturales como el tiempo...

I

... y no es que todos hayan muerto, es que la soledad es una masacre: desdeñar el hilo de la parca ensimismado en un ciclo lineal sobre los días y las noches que más parecen la repetición del instrumento, matices y bemoles, distorsiones de la realidad que aúlla entre los sueños, las venas de la desesperación diluyéndose en las soluciones inmanentes del imaginario subjetivo, el suicidio, el corazón, el golpe de percusión definitivo y las ventanas bañadas de infinito y las pociones de la muerte.

¡Y no es la soledad!, es la disgregación del individuo en estados fantasiosos y violentos y sexuales; ¿cuántas veces no te has muerto?, especulando en el revés de la existencia como si el alma robusta, inmensa o megatónica sintiera insuficientes las cuatro paredes del espacio-tiempo que contienen la sublimación y la realización de su entelequia...

Entonces intento escribir y el llanto no me deja.

Entonces intento morir y los instintos de sobrevivencia me retienen en el cuerpo, en la coraza, en la cárcel del ser, en la amalgama de síntomas y cánceres y escalofríos y represiones y juegos de líquidos e impulsos y engaños y alucinaciones y olvido y dolor y materia e injusticia infinita y creadora...

Por eso no escribo... estos son sólo los restos de la nostalgia presente ante el recuerdo de los anteriores estados del alma.

Y por eso pervivo, atrapado en las fuerzas del mundo, en la complejidad subatómica, en las uñas, los latidos, las miradas, el amor y el refreno.

II

Es la cripta en la que me sumerjo, el laberinto del *tac tac* bajo mis dedos ocultándole los versos al abecedario y la luz deslizándose sobre mis ojos con precaución, como si en poco tiempo esos ojos móviles y frágiles y tibios se hicieran fríos y mortuorios e insensibles al futuro y a los presentimientos.

No es mi culpa, es la cripta en la que me sumerjo como la defecación en el olvido del sistema o en recodos de profundos emetismos; o como la embriaguez en los suicidios de la noche, o la potestad divina que caía desde el filo de la muerte hasta la emancipación del ser y su bondad desnuda, desprovista de disfraces.

¡No es mi culpa! ...pero ya soy parte de otra cosa de naturaleza victimaria, nadando entre los mares y los ríos de paraguas.

Nadando entre los mares y los ríos de paupérrimos carteles que piden las masacres y el sabor a balacera y el sabor del ser

soportando como piel al polvo, y las pandemias entre líneas, para acercar a todos a la calidad de moribundo, de resignación, de monedero del olvido...

Es la cripta en la que me sumerjo, en la piromanía de mi ser intentando exterminar el intelecto, en la llama, en los humos de la noche, en la explosión de la garganta; en recordar a dios follando a los juguetes de mi cuarto cuando me dormía, o cuando estaba en el colegio... y luego no querían ni jugar, ni derretirse en el fogón de esa estufita verde, ni decir ni una palabra sobre aquella perversión divina ni sobre el dolor de culo.

¡No es mi culpa!

Es la cripta en la que me sumerjo, en las fantasías infantiles, en los poemas parvularios: balbuceos de la desagradable confusión sobre lo presente; en escribir y golpear y maldecir sin maldecir y guardar tantas palabras que son gases en el cuerpo, y dolor en el abdomen, y olor de presentimiento, y agüero de infortunio (lluvia de mármoles y hoces), y el llanto y las canciones y las rubias favoritas y todos los amigos y las perversiones en el mismo sitio, y el salto mortal que no llegó nunca, y el cayado que anhelarás para tus próximos años imposibles.

¡Y la muerte! ¡Y la gran muerte!, señoras y señores...! Interpretando las narraciones del pasado de (*¡ponga usted aquí su nombre!*).

Porque no es mi culpa.

Es la cripta en la que me sumerjo...

III

Pero ahora ya casi todos se han ido...

...a donde lloran los niños, a donde hierve una cama, o a donde hace más frío y la gente no suele matarse ni forzarse al abandono; donde está la familia y hasta donde llegó a parar la ulterior herencia de la madre, y donde les amaron en francés y les follaron en francés, a donde la vida real no llegó a tocarles nunca más, lejos muy lejos, donde no llegó el recuerdo del padre: ¡ese gran hijo de puta!, con perdón de mis abuelas y sus sopas, su amor incorruptible, sus abrazos: fortalezas crujientes y firmes repletas de gárgolas y contrafuertes y arcos y linternas de aguja y un olor sacrosanto en donde el Apocalipsis se ignoró por completo.

Ya casi todos se han ido.

Sólo quedan unas cuantas cosas: las escaleras con puertas pesadas y seguras, los guardianes de la desconfianza labrada desde el más crudo aburrimiento entre silencios frenéticos que parece que no cesan ni se agotan,... las cámaras de seguridad, la distancia de seguridad, la seguridad democrática, el seguro de vida, el cinturón, la seguridad social, la inseguridad social, los negros, los gitanos, las películas, la paranoia, las pandillas y la desesperación por atravesar la calle y adelantar a los relojes y

atrasar la hora, adelantar la hora, dormir cinco minutos, cabecear entre-dormido junto a los pasajeros de los trenes ;asentando que no somos más que otro proyecto de la muerte!

Ya casi todos se han ido, y se han llevado mis pinturas: un óleo bermellón, un autorretrato, un autorretrato, un autorretrato, un poema, pequeñas partes de lo que era un flemático espectro del romance y la tragedia y la actitud de un debacle universal y totalitario de la propia alma, con el corazón y las demás cosas entre una explosión sucesiva como un efecto secundario de la existencia.

¿Y yo allí qué he dejado?

Los hinojos en escenarios de vergüenza, el fervor a la absoluta verdad, la sinceridad perdida en jugarretas y dramas y calificaciones, y la frente en alto en instituciones con el nombre en una lista insignificante, mi más cruda realidad, mi desnudez: la imagen depravada que conserva de mí la gran postrera; preservativos, desastres, llanto en el discurso, y plegarias en el momento menos indicado para llegar a caer en cuenta, que el cielo es un sustitutivo inadecuado de la esperanza y que la resignación del ateísmo no termina de cuajar en las ansias de supervivencia.

Ya casi todos se han ido: mis amigos, la variación exacta y diminuta en los termómetros del amor; y los objetos de mi cuarto y los gestos de mi cara y las palabras más erradas y los pequeños rescoldos de mi ternura efectista, efímera y melancólica denuncian, que aquí estuvieron los amantes del pincel y de las drogas, los escolares, las putas que amaron los

amigos y el amigo del amigo, la mujer de mis sueños, el desaliento, el dolor de pecho de los aeropuertos, las infidelidades a plena luz del día con asco y con olvido.

Ya casi todos se han ido...

La amistad es una máquina dinámica, una máquina del tiempo que ya casi ha perdido todas sus piezas, sus funciones, su esplendor y ahora es sólo una transformación inservible y deshonesto (pasada por luces intermitentes entre la absoluta oscuridad, alcohol y desconfianza) del acto simple de esconderse y correr... ¡y salvar el mundo!

IV

¿Yo?!

Que soy el rostro más ficticio de la humanidad, que soy una constante mentira, un enemigo de la indiscreción, que he construido mis propias historias y no le rindo culto a las fantasías ajenas; y yo, que con temor y con desobediencia he dejado de pintar y me hago adicto a los rostros afligidos, al metal pulido y a los autorretratos.

Cómo podría tener un gesto natural, un impulso como el de las oraciones echadas al vuelo o las tormentas y los gases y las bofetadas y los besos de último momento: rápidos y dolorosos.

Cómo podría tener reacciones naturales; si no soy más que robótica aplicada de los esquemas del futuro, una representación hiperrealista y antinatural del *modus vivendi* de un ser de alcantarilla... criado y educado para la protección de la miseria y la explotación de la miseria y para poner ladrillos que cegarán cadáveres y para escribir dictados y memorizar el nuevo nombre de un animal muerto, yerto y exquisito.

¡Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa!

Dejé al amor desvanecerse en la distancia cuando tomé el primer viaje trasatlántico que se encargaría de exterminarlo todo...

¡Oh! ¡Dios mío! de corazón marchito y extremidades cercenadas, caí lejos, muy lejos...

Yo, que soy el rostro y unos cuantos sentimientos amputados, pero son los poemas los que se desangran y se apagan y empalidecen y se marchitan y van en busca de un recuerdo, de la inmortalidad, del epitafio presuroso.

Y yo, que soy el rostro, ni sé muy bien si seguir queriendo o intentar eyacular, escupir y aborrecer las confesiones que me ofrece la conciencia entre los humos, la deshidratación y la alucinación de una vida especialmente provista de belleza.

¡Cuando es todo en mi conciencia... una mortal mentira!

V

No amo.

Será la explicación correcta sobre la agorafobia del alma albina y cansada, y de pupilas dilatadas y de uñas cortas y encarnadas y de dientes sucios... y mierda en cada rincón de su existencia.

Puedo decir simplemente que no amo, y que la vida se entiende como hiperrealismo escénico e inconcluyente, y que vienen cuando quieren los aplausos y el llanto de los observadores (maniqués con estrato social, religión y correos electrónicos del experimento teatral de un artista equivocado), cuando despliego todos los efectos especiales: mis golpes, mis caricias, el desvanecimiento repentino, la pobreza... que es sólo una ilusión más del espectáculo; porque ya lo hemos dicho incontables montones de veces: todos somos ricos de corazón, de sangre, de combustión espontánea, de fragilidad, de cáncer, de miseria. Y todos somos unos miserables cuando toca, cuando suena la claqueta, cuando el pie acelera y ruga y absorbe, cuando hay que vivir el presente y la noche, cuando es tu vida o la mía. ¡Pues la mía! Qué otra cosa más podría decirte?... y si puedo ser dueño de tu vida, me adueño, aunque no me basta ni baste... quiero ver sangrar tu puta cara y ver sangrar tu número secreto, y verte saltar con furia sobre un teclado diminuto, y tus

zapatos rotos, y tu mirada desgastada y hambrienta y tus mocos congelados, y tu alma enfurecida y tu cuerpo explosivo y violento y desinteresado por el siguiente día horrendo e idéntico... y si dios quiere ¡mortal!

A esto juego, jugamos... ¿hacia dónde vas?! Hombrecillos verdes y rojos, verdes y rojos, verdes y rojos. Y las filas para comprar la suerte y dar un golpe seco y rabioso a las cuerdas del destino, y las filas para cultivar el cáncer y dar un golpe seco y rabioso a quién quiera que nos esté esperando al otro lado, y reprocharle la falta de justicia y la propagación de cada mentira y la reproducción desmesurada de razas impuras y ajenas.

Todo en función del encubrimiento. Todo amontonado y confuso como los disfraces entre la maleta, que casi al descubierto en la máquina que escanea equipajes, revela la monstruosidad del ser... ahora puesto en evidencia. Pero nadie observa. ¡Nadie se da cuenta que no amo!, y me besan y se amontonan en mi agenda electrónica, en mis listas de contactos, y se indignan y me dan la mano, y se ríen conmigo, de mí, de la tele, de las cabezas peladas que observan desde el balcón, de quién sea... ¿acaso me importa?!

Yo sólo busco el amor por algún lado y por todos los lados. Ya me cansé de oír y buscar en canciones que se acaban o que vuelven a empezar, que no tienen la infinitud que tiene el *black metal* entre la memoria. Ya me cansé de rimar, de esclavizar las palabras, de llenar los poemas de trombosis.

Yo sólo busco el amor por algún lado, como ustedes buscan al

autor de las mentiras del mundo.

Yo sólo busco el amor... simplemente porque no amo!

Busco ese último golpe de luz que algún día se posará suave y eterno sobre la belleza, al ápice de verdad que abriga el infinito, los ojos cerrados y los pulmones abiertos, el desmelenamiento de la verdad... al grito en la cúspide de la inconsciencia, al ser tenebroso detrás de nosotros que se ve en el espejo sumergidos en sueños.

Yo busco el amor, en contra de todo y de todos; de mí, de los bisabuelos muertos y desconocidos, en contra del *man* del rincón que no llora ni se calla ni pide ni explota, en contra de ti, de tus versos, de la agorafobia del alma... ¡y del *boom* de mis dedos!

¡Oh! Amor mío, si te amo y me amas. ¡Por favor, perdóname!

VI

... y conmigo cada día a unos cuantos de los hijos de dios: los réprobos los bastardos los desmuelutados, les veo consumirse en el mundo, en la basura, en el olvido, en las cagadas en el parque y en los cartones que anuncian el hambre tachonada y como otra más de tantas ideas: abstracta y confusa.

Y presiento que morirán sin ser un digno y memorable criadero de gusanos, apenas un montón de tierra sucia y hedionda y sin flores, o un incendio y luego cien o doscientas o mil cruces en la frente en un miércoles absurdo.

Pero me asusta en las fuentes los cuerpos mojados y los huesos forrados y la piel una costra y la mirada un veneno y la voz impropio y la cabeza un enigma y el pasado una guerra perdida, y las uñas un arma y la cara una historia para dormir e incubar tres mil pesadillas.

Va la maleta, el cartón y un perro cansado y juguetes desnudos como homenaje al desuello y a la empatía del hombre al humano pérdida en la Biblia, en la ternura pastel embadurnada en el mundo, en la retrocarga, en la firma perfecta voluptuosa y arqueada y maligna,... pues todos se visten del mismo color de pobreza, sin besos con lengua, sin abrazos sin asco, sin masturbación impecable sobre rubia perfecta, sin mirada directa a los ojos profundos y turbios, sin radiografía ni sonrisa en los dientes... con gangrena y la muerte entre siete vestidos y el aullido en la noche y el aullido de tarde y el aullido en la clara mañana. ¡Con el alma emputada y rabiosa!

Y con dios, tal cual como sale en la imprenta: bellísimo, plano y bañado en silencio.

Veo cada día unos cuantos de los hijos de dios consumirse desde un gotero vaciado e impregnado de desesperación y bazuco, y su simple mirada golpea y absorbe y repele cualquier pensamiento benigno; y el ano les arde, y los órganos se sostienen como una construcción dalilesca de una bestia

fantástica e impura.

El licor les agota, la pasión envenena, la maldad les invade, la oscuridad les absorbe mientras el cielo les escupe boronas de la esperanza de todos, y con los trozos de cielo que caen se van armando rosarios para rezar a la virgen...

Luego la violan con pipa, puñal, con trauma y tristeza.

VII

No tengo la conciencia ni limpia ni tranquila... en cambio tengo una amalgama putrefacta de voces y de engaños y de encrucijadas y de pasiones apagadas y desesperación y la inflexión del espacio tiempo que me atrapa en un ciclo lineal como unas fauces destructoras.

Tengo la conciencia en un altercado permanente de millones de hombres como yo de una esencia diminuta que juegan con mis voces, mis recuerdos, a los dolores de cabeza, a la misa, al perdón, la auto-plegaria; y a evadir el examen de conciencia cada vez que me tumbo solitario y profundo en la cama bajo el trozo de techo que se cae a pedazos, cada vez que me siento en la taza del baño y medito, cada vez que mi rostro pesado y extraño palpita y me grita improperios y se sumerge en estados confusos de esquizofrenia y mentira.

¡Si todo es mentira!

Y podría llenar, como un dictado maligno, como una Biblia, como un atentado contra el intelecto de columnas y segundas y terceras planas, o simplemente como un autorretrato infinito, los andenes del orbe, o cien o doscientas páginas amarillentas roídas y sucias de un libro vacío con la palabra “*mentira*” sin comas ni puntos, con acrósticos y caligramas rectangulares perfectos... y hasta declamar unas cuantas veces por día en los ratos inquietos entre un clima intranquilo de desempleo desamor y de oprobio, y elevar desde el libro o desde los andenes escritos del orbe una plegaria al abismo... y purificar desde el libro o desde los andenes escritos del orbe ¡mi oscura conciencia!

Estoy lleno de entrañas ¡y de un impulso homicida!

Porque el gran pecado del cuerpo es sobrevivir a la infancia, al primer beso y las circunstancias horribles, a la primera culeada, a las garrafas de vino y a la sobre-exposición del cerebro a las telenovelas, y a las piernas y a las faldas cuadriculadas y a la voz de los primeros versos y al asecho de la pedofilia y a los fusiles rondando y a tirarse el penalti... y sobrevivir a soñar con los cilindros cayendo rompiendo el tejado de paja y de tapia y de teja cocida y de caña y de bichos cagando por toda la casa.

El gran pecado del cuerpo... ¡es sobrevivir!, y por eso la conciencia no es una materia límpida. Por eso la conciencia no es una marea apaciguada ni calma ni tranquila. Y por eso todo... todo, todo,... en mí... ¡es una absurda y mortal mentira!

VIII

(*Al Black Metal*)

... no es otra de las mentiras, de las venas vacías del mundo, es una entidad destructora de lo incierto, una herramienta de la verdad y alucinación permanente y deliciosa que denuncia protesta y pelea como la música jamás denunció ni encontró en sí misma tanto sufrimiento monotonía profundidades y asco.

... me enfrento a una espiral que me absorbe apoyado en éste punto clave del destino y del deseo; y me aferro a las palpitations de mi angustia donde todos los gritos encontraron sus respuestas y las lágrimas se convirtieron en masacre y el espíritu en un *Golem* y una guerra (con la verdad tatuada entre las sienes: la muerte y el final de todo)

... me enfrento a este conjunto de sutileza primitiva, voces incendiarias y metales estridentes que es sólo una alternativa a la falsedad del mundo; un boceto, una interpretación de lo que se esconde entre nosotros; una jauría hambrienta y rabiosa y una petición anormal de rotundo silencio... como pidieron paz

y concordia entre megatones mutaciones y a balazos; que me pregunta: ¡¿hacia dónde vas?!, y por qué sigues odiando los domingos ¡y sus putas mañanas!, y por qué las noches solitarias te oprimen con los ápices de incertidumbre que no has abandonado con el tiempo, y por qué aún sientes en el abdomen el castigo constante de la deidades destructoras, y por qué, por qué, por qué... te atormenta en cada hoja, en cada opinión, en cada imagen y en cada pincelada el primero pero impuesto... amigo imaginario.

Y aunque el *black metal* parezca la más grande contradicción desinteresada que da opiniones humildes y bruscas sobre el sentido de la vida.

Y aunque parezca la premonición supranaturalista acerca de la autodestrucción del hombre.

Y aunque sólo parezca una definición abstracta de la violencia: ¡un golpe, dos golpes, tres golpes, cuatro golpes! y la sensación de asesinato y de masturbación sadomasoquista del intelecto, y la sensación de un charco de sangre donde la humanidad salta, se regodea y se empapa... como niño perdido en el placer del otoño; el *black metal* es una espiral, un impulso violento, un peso en la espalda...

El *black metal* es un arma de doble filo, como el amor de una puta enamorada.

... es simplemente una brutal escapatoria, como dios (el profanador de tumbas) en busca de un rebaño.

El *black metal* es un alma perdida, el impacto definitivo ¡y el maldito disparo!

El *black metal* es la aniquilación de las fes y las doctrinas inertes.

El *black metal* es la más grande agresión al baladí arte que expele éste mundo.

El *black metal* es el ritmo real y frenético de la apatía e inclemencia del hombre.

¡¿Hacia dónde vas?!, me pregunta el *black metal*.

Y yo no sé cómo contestar... si no sé a dónde va el pío corazón marchito y enjuto... si no sé a dónde a van las almas libres y hambrientas... ni sé en qué lugares del éter se estremeció todo el silencio que precedió a las palizas.

Y tampoco sé, a dónde se fue ese pequeño blasfemo de carita redonda que presintió entre los versos de un libro robusto... ¡una pura y mortal mentira!

ADDENDUM

Hoy que te he perdido te he perdido te he perdido...

... como entre la materia morena y jugosa y humeante se pierde el cadáver gélido y abandonado por el rito la moral el tiempo la humanidad y las manos de dios; que se agarraron fuertemente a la taza del baño mientras soltaba cada pecado divino y absurdo, y asqueado (en medio del placer de su anorexia nerviosa) al ver la muerte de frente y tocarla y palparla y sentir los vientres viscosos de los putos gusanos.

Hoy que te he perdido te he perdido te he perdido...

... como se pierde la fe a la mitad del impulso sobrehumano que logra el perfecto suicidio y la perfecta mancha de sangre del imperfecto expresionismo abstracto neo-urbano con aires metafísicos y de protesta contra la vida.

Hoy que te he perdido te he perdido te he perdido...

... como se pierde el sentido de la vida entre tantas flechas, intenciones y consignas y colores de banderas y programas de televisión sobre modelado en plastilina y lobotomía y sobre el botón al intelecto; que apuntan hacia tantas direcciones; entre tantas voces y androides que gobiernan en los edificios con la

humanidad reducida a la foto de carné y un nombre de descendencia mitológica y maligna.

Hoy que te he perdido, te he perdido, te he perdido.

En realidad me siento triste y con el alma maquillada de manera asexual y suicida.

Hoy que te he perdido, te he perdido, te he perdido.

Despliego todo mi amor y lo esparzo en medio de la noche, en medio del dióxido de carbono y el olor insoportable y alcohólico del perfume de las prostitutas.

Hoy que te he perdido, te he perdido, te he perdido.

¡Elevo mi última plegaria!

... para que tu voz algún día se atreva a buscarme y encontrarme.